

El Escorial a través de «La Ilustración Española y Americana»

Santiago MONTOYA BELEÑA
Valencia

- I. Introducción.**
- II. Fundación del Real Colegio de Alfonso XII.**
- III. Descubrimiento bibliografico en El Escorial:
La Historia Troyana.**
- IV. Las estatuas de Carlos V y su familia
en la Capilla Mayor.**
- V. Fiestas por el XV Centenario de la conversión de San Agustín.**
- VI. Composición poética dedicada al Panteón de los Reyes.**
- VII. El panteón de infantes.**
- VIII. La visita de un repatriado al Escorial.**
- IX. Nuevas salas de exposicion en la celda prioral baja.**
- X. Los frescos de la basílica.**
- XI. Conclusión.**

I. INTRODUCCIÓN

La Ilustración Española y Americana, revista heredera y continuadora de su precedente *El Museo Universal*, que inició su andadura en 1855, fue un magazine semanal fundado en 1869 por el Excmo. Sr. D. Abelardo de Carlos, que se presentaba a sí misma como una «*Revista de Bellas Artes y actualidades*»; su tamaño de gran formato, sus notables artículos, sus abundantes y excelentes ilustraciones y los escritores, profesores y plumillas que en ella participaron, nos permite considerarla en la actualidad como un producto de entretenimiento e información dirigido a clases altas, poseedoras de un buen bagaje cultural y preocupadas por mantenerlo y aumentarlo.



Clase de dibujo. Colegio de Alfonso XII. Monasterio de El Escorial.
La Ilustración Española y Americana.

Sus entregas semanales permitían su encuadernación en tomos anuales o semestrales e iban acompañados de índices de grabados por temas y alfabético de autores. En ella vamos a encontrar escritos de don Vicente Lampérez y Romea, de José Ramón Mélida, de doña Blanca de los Ríos, de don Miguel de Unamuno, de don Juan Valera, de Balsa de la Vega, José Landerer, Carlos Luis de Cuenca, Amado Nervo, Ossorio y Bernard, Aureliano de Beruete, Emilio Castelar, Mariano de Cavia, Pedro de Madrazo, Pedro Antonio de Alarcón, Menéndez Pelayo, Mesonero Romanos, Navarro Villoslada y tantos otros que ilustraron sus páginas hasta 1921 en que, al parecer, dejó de publicarse.

La categoría literaria, histórica y artística de quienes en ella nos dejaron sus artículos y estudios, así como las excelentes fotografías y dibujos con que los ilustraron, convierten a *La Ilustración Española y Americana* en un fondo informativo de gran valor para el estudio, entre otras muchas cosas, de la historia del arte.

Y ante la oportunidad del tema que se nos propuso para esta reunión, *Literatura e imagen en El Escorial*, traté de ver qué tratamiento había recibido el monasterio de El Escorial en una revista tan enjundiosa como esta y que presentaba las Bellas Artes como uno de sus objetivos primordiales.

La Ilustración Española y Americana empezó a publicarse con este nombre a partir de 1869, habiendo perdido su viejo título de *El Museo Universal*, del que prescindiré en esta ocasión, aparte de que en Valencia no se localiza ningún ejemplar completo; por eso me ceñiré a *La Ilustración Española y Americana* conservada entre los ricos fondos de la Biblioteca Histórica de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, aunque tampoco está completa la colección, que sólo llega a los primeros años del siglo XX, faltando unos veinte años del final; pero, en fin, confío en que sean suficientes para tener una idea bastante próxima del tratamiento que recibió El Escorial a través del género periodístico mediante esta revista «de campanillas» en su tiempo, que tenía suscriptores en América (como bien se puede deducir de su título) y que proporcionaba tapas de lujo para conservar los ejemplares fabricadas por el encuadernador Siquier de Barcelona.

II. FUNDACIÓN DEL REAL COLEGIO DE ALFONSO XII

Fueron varias las ocasiones en que por uno u otro motivo se ocupó de El Escorial *La Ilustración Española y Americana*, si bien

ni tantas como parecería lógico en una revista de tal catadura, ni en las ocasiones en que hubiera debido traer a El Escorial a sus páginas, ni tan pronto como hubiera sido de desear. Tuvieron que pasar diez años desde la fundación de la revista para que *La Ilustración Española y Americana* sacara a colación a El Escorial.

Se ocupa por vez primera del monumento en el año 1879, el 30 de septiembre ¹, mediante un artículo de Juan Cervera Bachiller dedicado a ponderar la inauguración del Real Colegio fundado por Alfonso XII, del que vamos a extractar y parafrasear lo más esencial.

El colegio, sostenido por la generosidad y el peculio personal del monarca, es presentado como una muestra del movimiento regenerador latente en la sociedad del momento, en la que los altos poderes, las altas instancias, deben ser los primeros en impulsar el progreso de las ciencias, las letras y las artes, trilogía en que se apoya el avance de los pueblos.

Los triunfos de las armas en los campos de batalla van a ser sustituidos por éxitos en el laboratorio, en grandes concepciones del genio humano que van a servir no para separar, sino para unir a los hombres y borrar distancias. Alfonso XII es presentado por el autor como heredero de Alfonso X el Sabio y de Isabel la Católica, y una vez pacificados los pueblos y restaurada la monarquía en su real persona el año 1874, le corresponde ser el primer soldado en el ejército de la civilización y del progreso. Ésta es la idea, según *La Ilustración Española y Americana*, que llevó al joven monarca a fundar el Colegio de El Escorial por su propia iniciativa y hacer de él un centro paragonable a los existentes en Alemania, Francia o Inglaterra.

Con este gesto, Alfonso XII también es considerado como el continuador de la tarea iniciada por Felipe II, «severo monarca de la casa de Austria», que logró «levantar ese soberbio monasterio, monumento de nuestras grandezas, alarde del genio y gigantesca epopeya del arte, que es orgullo de los españoles y admiración de los extranjeros», pero que quiso «que fuera no sólo un asilo de venerables varones y un Museo del arte xno., sino también un perpetuo Seminario de sabios y un templo para la ciencia, después de ser un templo para el Ser Supremo», en palabras de Cervera Bachiller.

1. CERVERA BACHILLER, J., «El Real Colegio de San Lorenzo del Escorial». En *La Ilustración Española y Americana*. N.º XXXVI, 30 de septiembre, 1879. Madrid, pp. 195-198.

Felipe II habilitó en 1567 la abadía de Santa María de Parraces, en Segovia, como establecimiento de enseñanza unido al proyectado monasterio de El Escorial, donde un Seminario y un Colegio de Artes, de aulas abiertas y plazas gratuitas, facilitaba la formación a los estudiantes, cuyos estudios tenían la validez y homologación, que diríamos hoy, de la prestigiosa Universidad de Alcalá de Henares. En 1575 Felipe II traslada ya los estudios a El Escorial, quedando instalados Seminario y Colegio en el claustro de la Hospedería.

Se le nota a *La Ilustración Española y Americana* su debilidad promonárquica, y así, insiste en que también Isabel II protegió el Colegio; sin embargo, lamenta los acontecimientos revolucionarios de 1868 que tuvieron como consecuencia la reversión al Estado del Patrimonio de la Corona y la decadencia de los estudios en El Escorial, hasta octubre de 1872 en que Amadeo de Saboya cedió, mediante contrato, a los Escolapios el uso del monasterio y allí se dedicasen a la enseñanza pública, a la conservación y al culto del mismo; situación que fue ratificada posteriormente por el Gobierno de la República mediante decreto de febrero de 1874.

En enero de 1875, una vez restaurada la Monarquía, se devuelven a la Casa Real las posesiones incautadas, entre ellas el monasterio de El Escorial, donde se funda el colegio para que *«pudieran encontrar albergue y educación brillante los huérfanos que las dos guerras civiles que desolaban la nación por aquella época lanzaban cada día a las tristezas del desamparo»* (...) *«Este establecimiento científico, recuerdo glorioso del pasado y brillante esperanza del porvenir»*, primero instalado provisionalmente en las habitaciones del Capítulo eclesiástico de la basílica, se ubicó en el ala contigua al Real Palacio: *«El nuevo local es vastísimo, grandioso: interminables claustros, espaciosísimas aulas, magníficos patios, fuentes y luz por todas partes, amplísimos salones de estudio y de recreo, capilla, paraninfo, dormitorios, biblioteca, parque; nada falta allí, y todo es digno del objeto a que se destina»*².

Para adornar la Sala de Visitas se trajeron retratos de reyes procedentes del Palacio de Madrid; disponía, asimismo, de gabinete de Física y Química e Historia Natural, comedores, cocinas, gimnasio con toda clase de aparatos, salón de esgrima, baños con agua fría y caliente donde los colegiales pudieran tomar baños locales o de pies *«y asimismo baños generales cuando se crea conveniente»*.

2. *Ibidem*, p. 197.

A Paraninfo se dedicó el patio conocido en otros tiempos como Paseo del Colegio, en cuyas bóvedas pintó Llamas la *Creación saliendo del Caos* y la apoteosis de la Ciencia, con figuras simbólicas de la Filosofía, la Dialéctica, Geometría, etc., como adivinando que aquel espacio habría de servir un día de pabellón al templo de las ciencias y las letras. Capilla, enfermería, gabinete de música, dormitorios, salas de profesores, salón de recreo de invierno, habitaciones para «*colegiales de cámara especial*», las de profesores internos, la del padre espiritual, salón para teatro, laboratorio químico, observatorio astronómico, dependencias para la servidumbre, etcétera, eran otras dependencias del nuevo colegio, «*donde todo es notable y espléndido, así en conjunto como en los detalles*».

La Intendencia de Palacio dictó un Reglamento General para el colegio, aprobado por el Rey, donde no se olvida ningún aspecto: régimen interior, condiciones de ingreso, alimentación de los alumnos (en vajilla de plata Christophle, mandada comprar por Su Majestad), profesorado, estudios, etc.

En el Real Colegio se podía cursar la instrucción primaria, secundaria y superior en todas las carreras especiales facultativas, civiles y militares; ampliación de estudios en ciencias físico-naturales y matemáticas; idiomas francés, inglés, alemán e italiano; dibujo lineal, topográfico, de figura y de adorno; música, equitación, esgrima, gimnasia, religión, moral y urbanidad. Y para ello disponía de dieciocho profesores adecuadamente titulados que eran ayudados por los necesarios auxiliares. Para obtener e instalar las adecuadas dotaciones materiales y didácticas, comisionó el rey Alfonso XII al sacerdote director del colegio, José Hospital, para que visitara la Exposición Universal de París del año anterior y todos los colegios e instituciones de enseñanza más famosos de Francia, Suiza, Bélgica, Alemania, Inglaterra e Italia, con el objeto de montar y dotar al colegio con arreglo a la altura de los más celebrados de Europa. Se disponía de abundantes y modernas máquinas neumáticas y eléctricas, telégrafo completo, locomotora, laboratorios de todas clases, mesas de dibujo sistema Rösler traídas de Viena, mesas de estudio sistema Sonneschein construidas en Londres, museo, parque para enseñanza práctica de Botánica y Agricultura, picadero y caballos para la equitación; en fin, de todo, «*para que del establecimiento salgan en disposición de ser un día útiles a la Patria, a la sociedad y a la familia, tan necesitadas, no sólo de hombres instruidos, sino también de caracteres levantados y vigorosos*».



Portada de «La Ilustración Española y Americana». Dibujo de E. ROSALES.

Una vigilancia dulce y paternal, una educación basada en la convicción y en la formación y no en el temor ni en la violencia, premio al esfuerzo, cumplimiento del deber, rectitud de ideas, fe religiosa, pensamientos elevados, austera moral, prevenir antes que corregir, etc., eran las ideas directrices del colegio en el que también disponían de «*plazas de gracia*» los niños y jóvenes huérfanos de servidores de la Casa Real o del Estado. «*Con tan especiales condiciones montado, y bajo tales auspicios regido, bien puede asegurarse que el Colegio del Escorial tiene un brillante porvenir y que no tardará en ser el centro a donde las más distinguidas familias lleven sus hijos, sin tener que recurrir ya, para procurarles una educación esmerada y una instrucción sólida y amplísima, a los colegios del extranjero, en ninguno de los que –estamos de ello seguros– encontrará reunidas todas las ventajosas condiciones que el de que nos ocupamos reúne actualmente, aun prescindiendo de su proximidad a la corte, de la fácil comunicación que con él establece la línea férrea del Norte y de lo saludable y purísimo de sus aires*»³.

Acaba su artículo Juan Cervera Bachiller con un aplauso respetuoso «*al augusto Príncipe, Mecenas del Colegio del Escorial, a quien se deberá que España no tenga que envidiar, dentro de poco, sus Escuelas politécnicas, sus Gimnasios y sus Liceos a las naciones extranjeras*»; quizá Don Alfonso XII quiso implantar en su colegio de El Escorial algo de lo que él conocía por experiencia propia en la Academia Militar británica de Sandhurst, a la que le envió el mismísimo Cánovas del Castillo.

III. DESCUBRIMIENTO BIBLIOGRÁFICO EN EL ESCORIAL: LA HISTORIA TROYANA

La segunda ocasión en que El Escorial vuelve a las páginas de *La Ilustración Española y Americana* fue en 1883, el 8 de mayo, de la mano de Francisco M. Tubino⁴, quien en un artículo titulado «*Descubrimientos bibliográficos en las bibliotecas del Escorial y del Duque de Osuna*», se hacía eco en el mismo del hallazgo de una *Historia Troyana* del siglo XII. Rectificaba Tubino la opinión y estudios de Amador de los Ríos, quien, al parecer, la confundía con

3. *Ibidem*, p. 198.

4. TUBINO, F. M., «*Descubrimientos bibliográficos en las Bibliotecas del Escorial y del Duque de Osuna*». En *La Ilustración Española y Americana*. N.º XVII, 8 de mayo, 1883. Madrid, pp. 278-279.

una *Crónica Troyana* del siglo XIV traducida por el juez de Mesina Guido delle Colonne; ambos códices no tenían en común otra cosa que el tema de que se ocupaban: la guerra de Troya.

El de El Escorial era mucho más antiguo, escrito y compilado en verso francés por el trovador anglonormando Benito de Santa Mora en la corte de los Plantagenet, donde fue protegido por el ilustrado y fastuoso Enrique II, quien le colmó de favores y le encargó diversas obras, como la *Crónica de los Duques de Normandía*; Benito de Santa Mora fue un entusiasta divulgador de la Antigüedad clásica, pero revistiéndola del toque moderno de su tiempo, modificando los tipos y caracteres de los héroes helénicos con los moldes de la Edad Media, especialmente con las ideas germánico-cristianas, que nos los presentan como modelos del ideal caballeresco. Benito de Santa Mora, profundamente cristiano, recurre a la Astrología para buscar el elemento maravilloso que necesita para dar color a sus escritos: «y a la Astrología acompañan los encantamientos y lo fantástico, y los animales hiperbólicos, producto de imaginaciones incultas y sobreexcitadas con todo el círculo de resortes que le brindan las leyendas, consejas y tradiciones de aquellos días. Plantas con virtudes singulares, filtros enérgicos, piedras y joyas mágicas, animales con inteligencia sorprendente, genios, hadas, nigromantes, endriagos y embaidoras, he aquí el caudal artístico-poético con que enriquece la austera severidad de la que él conceputa historia auténtica e indiscutible»⁵.

Tubino se felicita a sí mismo por tan importante descubrimiento bibliográfico-literario, primero por lo que suponía de progreso para la cultura castellana, y después por la circunstancia de haber sido hallado el código en la biblioteca escurialense.

Esta *Historia Troyana* fue mandada traducir por el rey Don Alfonso para que sirviera de lectura y educación a su hijo Don Pedro I de Castilla. El código mencionado, valores históricos y literarios aparte, contenía otros de tipo artístico, por sus miniaturas, donde la indumentaria, el mobiliario y las armas de la Edad Media se hallan profusamente ilustradas; los héroes clásicos helénicos van vestidos como en los siglos medievales. Trajes, arreos, armas, edificios, buques, instrumentos musicales, utensilios militares, todo está copiado de la realidad contemporánea. «Viste París como un mancebo criado en feudal castillo; Helena ciñe estofas mudéjares, y le reci-

5. *Ibidem*, p. 278.

be en rica estancia ojival con lámparas visiblemente hispano-morisca. Es una mascarada curiosa, en que el dibujante reproduce los tipos que le circundaban» ⁶.

Alentado por este descubrimiento escorialense, Tubino siguió investigando sobre el tema troyano, hallando otro códice en la biblioteca del Duque de Osuna, que había pertenecido al Marqués de Santillana, don Íñigo López de Mendoza, y que le sirve para confirmar sus ideas respecto al de El Escorial; y todo esto lo publica en las columnas de *La Ilustración Española y Americana* porque, «reconocido su crédito y dada su popularidad», espera que sus palabras lleguen «a conocimiento de quien corresponda» y evite la salida del país y caída en manos extranjeras de tan valiosos documentos de nuestra historia y de nuestro patrimonio.

IV. LAS ESTATUAS DE CARLOS V Y SU FAMILIA EN LA CAPILLA MAYOR

Si tenemos en cuenta que la colocación de la última piedra del monasterio de El Escorial fue en septiembre de 1584, parecería lógico pensar que con motivo de la celebración o cumplimiento del tercer centenario de tan notable efeméride se le dedicara al monasterio alguna atención especial en las páginas de *La Ilustración Española y Americana*; sin embargo, no ocurrió así y El Escorial pasó desapercibido en 1884; nada se dijo de él. La colocación de la primera piedra en 1563, quizá pudo tener algún tipo de tratamiento en *El Museo Universal* del año 1863, la revista antecesora de *La Ilustración*, y ninguno, por razones obvias, en *La Ilustración*, ya que inició su andadura, según quedó apuntado, en 1869. Por tanto, las dos fechas conmemorativas del tercer centenario del inicio y finalización de las obras de El Escorial, por lo demás momentos muy adecuados para ello, no dejaron ninguna mención en la prensa periódica que comentamos. Ni siquiera la entrada de los agustinos en 1885 para tomar a su cargo el Real Sitio fue objeto del más mínimo comentario en las páginas de la revista.

Hubo que esperar unos años más, a 1887, donde en el número correspondiente al día 8 de enero ⁷, se publica un espléndido foto-

6. *Ibidem*, p. 278.

7. ANÓNIMO. «Monumentos artísticos de España. El Emperador Carlos V, su esposa D.^a Isabel, su hija D.^a María y sus hermanas D.^a Leonor y D.^a María». En *La Ilustración Española y Americana*. N.º 1, 8 de enero, 1887. Madrid, pp. 1-3.

grabado de las estatuas en bronce de El Emperador Carlos V, su esposa D.^a Isabel, su hija D.^a María y sus hermanas D.^a Leonor y D.^a María, obras de Pompeo Leoni y ubicadas en la capilla mayor de la basílica, como es conocido.

La fotografía es de Laurent y el grabado fue hecho por Rico tomado directamente de aquélla. Sirve para adornar una sección famosa de *La Ilustración Española y Americana*, ubicada en la primera página y titulada *Monumentos artísticos de España*. La imagen ilustrativa, que ocupa dos tercios de la página, se acompaña de una breve explicación en otra parte de la revista titulada «*Nuestros grabados*». La intención del comentarista al inicio del año 1887⁸ es «*conmemorar glorias de la patria española*», explayándose en una descripción minuciosa del grupo escultórico y dando una pequeña reseña biográfica de cada una de las acompañantes del Emperador; también reproduce la inscripción en letras de bronce y recuerda la fecha en que Felipe II hizo trasladar al panteón de El Escorial los restos mortales de sus padres y de sus tías.

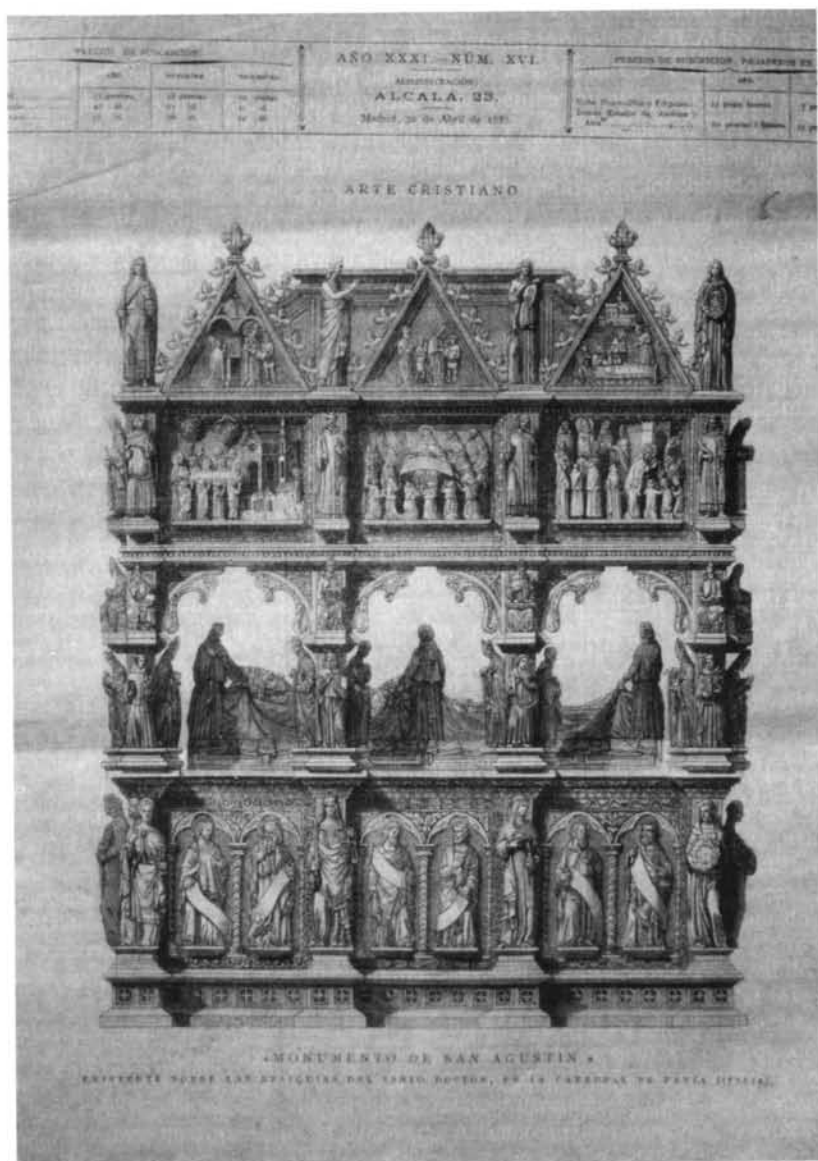
V. FIESTAS POR EL XV CENTENARIO DE LA CONVERSIÓN DE SAN AGUSTÍN

Este mismo año de 1887, el 3 de abril, de nuevo vuelve El Escorial a las páginas de *La Ilustración Española y Americana*, ahora por un tema tangente, la celebración del XV centenario de la conversión de San Agustín.

En la portada de la revista, y en una sección llamada «*Arte cristiano*», se puede contemplar un magnífico grabado del no menos excelente monumento de San Agustín que existe sobre las reliquias del santo obispo de Hipona en la catedral de Pavía; de nuevo, el grabado remite a la pertinente explicación en la columna titulada «*Nuestros grabados*».

El mausoleo de Bonivoda Campione, uno de los mejores maestros de la escuela lombarda del siglo XIV, es de mármol blanco, admirable por su grandiosidad y elegancia; se lamenta el cronista que por falta de espacio no se puedan incluir ni la descripción del

8. ANÓNIMO. «Monumento de San Agustín en la catedral de Pavía». En *La Ilustración Española y Americana*. N.º XVI, 30 de abril, 1887. Madrid, pp. 273-275 y 309.



Monumento de S. Agustín. Catedral de Pavia. Bonivoda CAMPIONE, s. XIV.
La Ilustración Española y Americana.

monumento hecha por Defendente Sacchi ni los grabados delicadísimos en acero hechos por los hermanos Ferreri de Milán, limitándose a describir la fachada posterior del mausoleo, que es la que se reproduce en la portada. Virtudes, apóstoles, escenas de la vida del Santo Doctor y de la Orden Agustina constituyen un rico programa iconográfico en el que no faltan los cuatro santos padres de la Iglesia, pero ahora ocupando San Simpliciano el lugar que luego frecuentará San Agustín.

El 15 de mayo del mismo año de 1887⁹ se publica un gran dibujo de Alcázar, tomado del natural y ocupando una página entera; se trata del acto de distribución de premios a los autores de las composiciones laureadas en el certamen literario y artístico celebrado en la noche del 4 de mayo con motivo de las fiestas organizadas por El Escorial para celebrar el XV centenario de la conversión de San Agustín. Se trata del Paraninfo, lleno de damas y caballeros asistentes, cuyas tribunas y laterales se ven ocupados por miembros de la Orden Agustina, todos presididos en el estrado por una imagen de San Agustín.

VI. COMPOSICION POÉTICA DEDICADA AL PANTEÓN DE LOS REYES

Dos años después, el 30 de mayo de 1889, se publica una larga poesía de Rafael Coello¹⁰ titulada «*En el Panteón de los Reyes del Monasterio del Escorial*»; se trata de una composición de nueve espinelas y aire muy romántico, de las que la primera dice así:

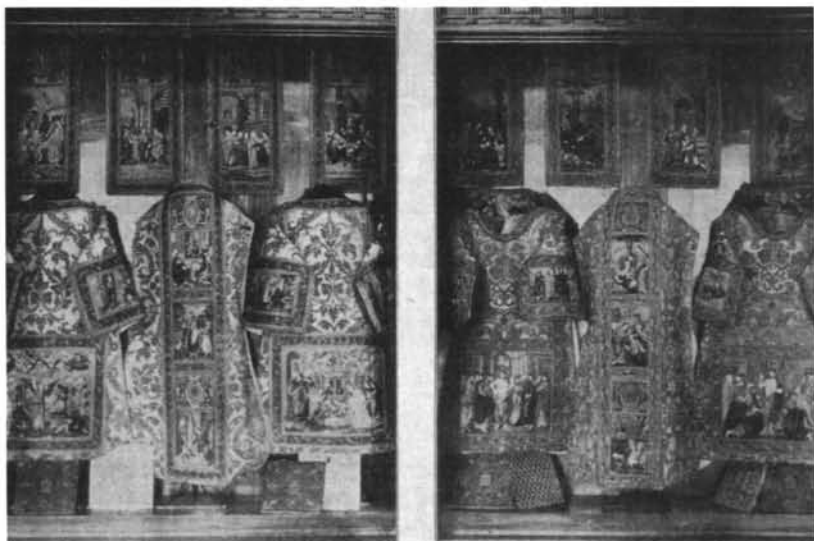
«Cuando, en la tarde sombría,
entro con pie vacilante
en esta tumba gigante
por oscura gradería,
la medrosa fantasía
tiembla, con terror profundo,
que surja del otro mundo,
al ver hollada su fosa,
la figura misteriosa
del gran Felipe Segundo».

9. *Ibidem*, p. 309.

10. COELLO, R., «En el Panteón de Reyes del Monasterio del Escorial», en *La Ilustración Española y Americana*. N.º XX, 30 de mayo, 1889. Madrid, p. 323.



Certamen literario. Distribución de Premios. Monasterio de El Escorial.
La Ilustración Española y Americana.



Ternos matizados de la Natividad y la Resurrección. Exposición de la Celda Prioral Baja.
Monasterio de El Escorial. La Ilustración Española y Americana.

Y continúa con ese aire, como decía, tan romántico, ampuloso y lúgubre.

VII. EL PANTEÓN DE INFANTES

La siguiente incursión escurialense en *La Ilustración Española y Americana* corrió a cargo de Enrique Serrano Fatigati ¹¹, quien publicó el 8 de diciembre de 1893 un extenso artículo sobre *El Panteón de Infantes en El Escorial*. «*Todo es melancólico en El Escorial, templo, tumbas de reyes, montañas y vegetación; todo, menos el Panteón de Infantes, que está próximo a los cimientos del edificio, cual si se asegurase el cierre de los sarcófagos la inmensa pesadumbre del monasterio...*», empieza diciendo Enrique Serrano de modo romántico, para continuar repasando todas sus dependencias, los abundantes sepulcros y mausoleos y una breve anotación biográfica acerca del personaje en cuestión; se detiene especialmente en la riqueza de sus materiales, los mármoles blancos de Carrara, los de Florencia y Granada, las inscripciones polícromas, alabastros, bronces, retablos y cuadros, como el de *Lavinia Fontana* o el *Descendimiento*; y como figuras de regia estirpe sobre las que se explaya, no podían faltar las de Don Juan de Austria, el Príncipe Don Carlos y Filiberto de Saboya, entre otras muchas.

VIII. LA VISITA DE UN REPATRIADO A EL ESCORIAL

Finalizando el siglo, el 30 de agosto de 1900, con un lapso de siete años por medio, de nuevo retorna El Escorial a las páginas de *La Ilustración Española y Americana*; se trata de un anónimo artículo titulado «Una visita a El Escorial» que va firmado por «*Un repatriado*» ¹². El desconocido comentarista es un emigrante forzado por la adversidad, que tampoco encontró fortuna favorable en el país de acogida «*de cuyo nombre no quiero acordarme*», dice amargamente. Se queja de que aquel fue un país sin historia ni tradición alguna, donde sus habitantes se sentían orgullosos de ser

11. SERRANO FATIGATI, E., «El Panteón de Infantes en El Escorial». En *La Ilustración Española y Americana*. N.º XLV, 8 de diciembre, 1893. Madrid, pp. 356-358.

12. ANÓNIMO. «Una visita a El Escorial». En *La Ilustración Española y Americana*. N.º XXXII, 30 de agosto, 1900, pp. 123-126.

«*hijos de sus obras*» y para él no son otra cosa que advenedizos embrutecidos.

La nostalgia de España le hacía pensar en recorrerla toda entera, para admirar sus monumentos y visitar sus ciudades; pero como no era posible satisfacer el deseo, al contemplar en el Museo Nacional de Pintura y Escultura un retrato de Felipe II, recordó que muy cerca de allí se encontraba «*la medalla conmemorativa de la época más gloriosa de nuestra historia*», El Escorial, y hacia allí dirigió sus pasos.

Se deshace en elogios, tanto respecto a las construcciones del pasado (la Lonja, la Herrería, la Compañía, la Biblioteca, etc.) como respecto a los estudios y actividades modernas que en él se llevan a cabo: edición de libros de crítica literaria, tratados de Física, publicación de la revista científica *La Ciudad de Dios*, etc.; el Colegio de María Cristina y el Seminario son una cantera donde se forman grandes personalidades científicas y religiosas.

Se hace eco de las obras de restauración y limpieza llevadas a cabo en sus abundantes piezas artísticas, la araña de cristal de roca del coro regalada por Carlos II, los dos grandes órganos, los cuadros de Peregrini y Zúccaro del retablo mayor, las pinturas de la sacristía, la terminación del Panteón de Infantes, la restauración de las complicadas pinturas de la Sala de Batallas y colocarles una barandilla de protección, los ornamentos sagrados deteriorados por el uso, aumento de las obras expuestas en la pinacoteca reunida en las Salas Capitulares, preparación de vitrinas expositoras en la Celda Prioral baja, restauración de los frescos de las bóvedas de la Biblioteca Laurentina, basílica y claustro principal bajo donde los visitantes dejaban toscos recuerdos de su paso por El Escorial grabando fechas y nombres (advierte el autor que no eran españoles todos los nombres). Señala como dato a destacar las mejoras realizadas en el monasterio durante la regencia de María Cristina, sobre todo las encaminadas a paliar los efectos devastadores de los incendios ocurridos a lo largo de la historia: colocación de numerosos pararrayos para alejar los riesgos y la mayor elevación del muro de la presa del Romeral, con la finalidad de aumentar su cabida y ganar presión para poder disponer de agua rápida y abundante en caso de incendio.

La Reina Regente entregaría, de este modo, a su hijo, el legado del Patronato Regio con las mejoras que se le han ido añadiendo desde el siglo XVI al XIX.

Acaba nuestro anónimo comentarista retornado a España su escrito, recordando que *«la obligación de conservar nuestros grandes recuerdos históricos es tan difícil como gloriosa»*, y suelta una feroz andanada contra los nuevos ricos, advenedizos sin historia, segundones enriquecidos por la ciega fortuna (que a él le fue esquiva en otras tierras muy alejadas de la suya); solo le faltó decir *¡Pobres desgraciados, que no tenéis más que dinero!*, dinero y riqueza que él fue a buscar y que, como no la consiguió, no le duelen prendas en decir que eso no es lo más importante para la vida.

IX. NUEVAS SALAS DE EXPOSICION EN LA CELDA PRIORAL BAJA

Los días 8 y 15 de diciembre de 1901 encontramos sendas y buenas referencias a El Escorial en unos artículos del padre agustino Fr. Pedro Vázquez¹³. En realidad es un único artículo publicado en dos entregas sucesivas, titulado «La nueva Sala del Real Monasterio de El Escorial». En las páginas de *La Ilustración* da el padre Vázquez la noticia de la reciente inauguración y apertura al público de una exposición de los más ricos ornamentos sagrados y alhajas notables que posee el monasterio, ofrecidos a la pública contemplación en las dependencias de la celda prioral baja.

En ocho vitrinas de estilo dórico se exponían los ornamentos, piezas de eboraria, plata, bronce dorado, esmaltes, coral, miniaturas y pequeños cuadros de gran valor. Los retratos de los reyes de la Casa de Austria adornaban las salas, así como el de Don Juan de Austria, traído del Palacio de Riofrío. Tres retablos de ébano, seis jarrones de cobre plateado, guadameciles, imagen de San Juan Bautista de alabastro y otra de la misma materia hecha por Juan de Herrera para el tabernáculo del altar mayor. Es una lección de indumentaria religiosa la que hace el padre Vázquez con su descripción, los matices conseguidos por las sedas de todos los colores y las opiniones del propio padre Sigüenza o de Isidoro Rosell: *«No parece puede llegar el pincel ni los colores donde llegó la aguja y la seda que van matizando el oro»*, decía el P. Sigüenza, y *«¡Cuán bien entendidos los tonos, cuán bien degradadas las tintas, y qué armoniosamente combinados, cuán acertadamente modelados los*

13. VÁZQUEZ, P., «La Nueva Sala del Real Monasterio del Escorial». En *La Ilustración Española y Americana*. N.º XLV y XLVI, 8 y 15 de diciembre, 1901. Madrid, pp. 323-326 y 341-342.

desnudos de las figuras en que la encarnación está lograda con tanta sobriedad como realismo en el colorido!», decía Isidoro Rosell acerca de la calidad de los tejidos expuestos.

Se extiende el P. Vázquez a continuación en una descripción minuciosa de los tejidos bordados expuestos en todas y cada una de las vitrinas y acaba la primera parte de su escrito con referencias a los retablos de ébano y plata; el primero es el conocido como altar portátil de Carlos V, regalado al monasterio por su hijo Felipe II, con una distribución similar a la del retablo mayor de la basílica; uno de los otros dos es el que regalara el Papa Gregorio XIII en 1581 a la Serenísima Sra. D.^a Blanca, Gran Duquesa de Toscana; los dos ramilleteros, de plata y bronce dorado, debían pertenecer al grupo de 42 que en 1665 mandó hacer el P. Baltasar Soria para adorno de los altares menores y que *«acaso sean obra –dice el P. Vázquez– de los religiosos Fr. Eugenio de la Cruz y Fr. Juan de la Concepción, para adornar el altar de Nuestra Señora del Patrocinio»*¹⁴.

La idea al montar este pequeño museo o salas de exposiciones en la celda prioral baja, era poder ofrecer a la contemplación de los visitantes y estudiosos muchas preciosidades artísticas dispersas por distintos puntos del monasterio y difíciles de admirar por esta circunstancia.

La primera parte del artículo la ilustra el P. Vázquez con magníficas fotografías, realizadas por A. Ciorán, de los collarines de las dalmáticas, la casulla verde primitiva con lazos de Milán, los retablos de ébano, plata y bronce, con los ramilleteros; las capas matizadas de la Epifanía y la Resurrección, los ornamentos regios de San Lorenzo y los ternos matizados de la Natividad y la Resurrección.

En la segunda parte y continuación de este artículo sobre las nuevas salas, publicado el 15 de diciembre de 1901, se propone el P. Vázquez aportar algunas noticias acerca de los maestros que intervinieron en estas obras artísticas.

El gran amor al arte que sentía Felipe II y su enorme aprecio por el Real Sitio, propició que el monarca estableciera un obrador de bordados en el hospital del pueblo de El Escorial; hizo venir a Fr. Lorenzo de Montserrat, natural de Besançon, y lego en el monasterio de San Benito, en Nuestra Señora de Montserrat, que luego profesaría en El Escorial en 1567 y a él confía el rey la organiza-

14. *Ibidem*, p. 326.

ción de este obrador de bordados con religiosos de la misma orden, de otros monasterios y oficiales traídos de otras ciudades, expertos en bordados.

Fray Lorenzo de Montserrat dirigía los trabajos y administraba los ricos materiales que le entregaba Antonio Voto, el guardajoyas del rey, y en ello estuvo hasta su muerte en agosto de 1576. Para el obrador trabajaron numerosos monasterios de monjas y profesas como D.^a Catalina de Mendoza, del convento de Santa Clara de Madrid; Juana de Gamarra, D.^a Constanza de Villaquirán, Magdalena Láynez, D.^a María de Alcocer, bordadora del magnífico terno de oro, plata y piedras preciosas con historias de relieve y al matizado, con cien historias de la vida de San Juan Bautista y de San Jerónimo bordado hacia 1581; D.^a Isabel Campos, de Barcelona, que bordó un retablo de la Adoración de los Reyes en 1571, del que ya el P. Vázquez dice que sólo quedaba el motivo central; Melchor de Ayala, que trabajó en los ricos ternos por 1582; Luis de Balanzá y el compañero de Fr. Lorenzo, Fr. Francisco de Córdoba, que trabajó mucho en el obrador de bordados.

A la muerte de Fr. Lorenzo, le sucede al frente del obrador un seglar, Diego Rutiner, de Valladolid, nombrado por el Rey superintendente de las sedas y matizados, quien tenía a su cargo cuarenta oficiales; como administrador nombró a Fr. Juan de Toledo, el cual había sido mercader y bordador antes de profesar en religión. Como bordadores que se citan en la documentación de 1581 y 1591, recoge el P. Vázquez los nombres de Domingo Delgado, Melchor del Castillo, Andrés Gómez, Juan de Uzárraga, Eugenio Constantino, Francisco Gil, Diego de Encinas, Agustín Núñez y Diego Sedeño.

A Fr. Juan de Toledo le sucedió a su muerte en la administración del obrador de bordados Fr. Francisco de Loja, y Fr. Juan de Espinar colaboraba con Diego Rutiner en la compra de telas y brocados.

Fr. Francisco de Alcalá, Fr. Rafael de Barcelona, Fr. Pedro de Navarra, Fr. Bartolomé de Santiago, Fr. Miguel de Santiago, Fr. Juan de San Agustín, Fr. Pedro de la Vega y Fr. Juan de Ortega, fueron otros monjes que trabajaron y se ocuparon del obrador a lo largo de los años.

Con la llegada de la dinastía Borbónica, comenta el P. Vázquez que no se trabajaba como antes en el obrador de bordados; la actividad prácticamente queda reducida a reparar y conservar los ornamentos existentes, citándose durante el siglo XVIII los nombres

de los PP. Fr. Juan Vaquero, Fr. Francisco García, Fr. Juan de los Reyes, Fr. Manuel González y Fr. Gregorio Gómez, bordador de mérito este último hasta 1791. «Desde esta fecha –continúa diciendo el P. Vázquez– ya no aparecen ni señales de haberse continuado trabajando en la bordaduría, ni restos de obrador, que hubiese sido digno de conservarse»¹⁵ y que estuvo instalado en una pieza conventual situada encima del piso principal en la fachada lateral norte del Patio de los Reyes. Se lamenta muchísimo el P. Vázquez de la desaparición de tantas obras de arte, sobre todo por la rapiña de los invasores franceses, y ante la maravilla de la exposición instalada en la celda prioral baja, pecata minuta si se compara con lo que los registros y la documentación citan, no duda en insertar una relación minuciosa de ornamentos que hace don Vicente Poleró y Toledo en su *Catálogo de los cuadros del Real Monasterio de San Lorenzo, llamado de El Escorial*, publicado en Madrid en 1857. Nada menos que 52 ternos bordados en riquísimas telas con oro, plata y piedras preciosas, más de 1.200 casullas, 213 capas pluviales, paños de altares para todos los innumerables que en el monasterio había, vestiduras sagradas para los sacerdotes, corporales, hijuelas, paliós, velos, cendales, portapaces, etc. No en vano se consideraba y considera la octava maravilla del mundo, sigue insistiendo el P. Vázquez, quien aplaude la feliz iniciativa de esta instalación, y a sus responsables, entre ellos don Luis Moreno, Intendente de la Real Casa, el Conde de Valencia de Don Juan, el conservador de la Real Armería José María Florit y el arquitecto de la Real Casa Repullés y Vargas.

X. LOS FRESCOS DE LA BASÍLICA

Continúa publicando el agustino Pedro Vázquez otros artículos sobre El Escorial con tanta vehemencia y entusiasmo como parece habitual en él. Así, el 22 de abril de 1902, insertó en las columnas de *La Ilustración Española y Americana* otro comentario sobre el «Fresco de la Basílica del Real Monasterio de El Escorial»¹⁶, y no debió ser el último en la revista, porque al referirse a la pintura, dice: «Volveremos a tratar de ella cuando examinemos las demás obras que se conservan en esta maravilla».

15. *Ibidem*, p. 342.

16. VÁZQUEZ, P., «Fresco de la Basílica del Real Monasterio de El Escorial». En *La Ilustración Española y Americana*. N.º XV. 22 de abril, 1902. Madrid, p. 239.

Al hilo de su escrito sobre los frescos, de nuevo el P. Vázquez se refiere a El Escorial como la octava maravilla y destaca la munificencia de los Austrias hacia el monasterio, que hicieron de él un verdadero museo de producciones artísticas a la vez que el ejemplar más grandioso de nuestra arquitectura en la época del Renacimiento, según opinión del fraile agustino.

Se quiere ocupar mediante su artículo del estudio de los frescos porque, en queja amarga, fue lo único sano que quedó después del exopolio a que fue sometido por los franceses.

Carlos II, «*que nunca era pobre para dar al Escorial*», mandó pintar al fresco las bóvedas que desde Felipe II estaban estucadas de blanco con fajas y estrellas azules y ennegrecidas por el humo de los repetidos incendios. Hizo el encargo a Lucas Jordán, que vino con su hijo, yerno y dos discípulos, Carlos Garofalo uno de ellos. La escalera principal casi fue su tarjeta de presentación y de ella pensaba publicar el P. Vázquez una reproducción en las páginas de *La Ilustración Española* (aunque ya no la he podido localizar por no existir la revista completa en Valencia). Agradó a Carlos II la calidad y la rapidez de Jordán, lo que le valió otros encargos pictóricos por parte del monarca. Se lamenta el P. Vázquez de que los visitantes y estudiosos no les presten más atención a las admirables creaciones del genio exuberante de Jordán; el padre agustino afirma haberlas visto bien de cerca y haberlas estudiado detenidamente; ahora se ocupa e inserta una estupenda reproducción del fresco del ángulo Sur-Este de una nave lateral de la iglesia; se trata de la pintura sobre la *Gloria de los santos* donde Jordán rehúye la manera e iconografía habitual, prescindiendo de Jesucristo en el centro, lo coloca a un lado, y de la Virgen. El dinamismo de la composición, el color, el dibujo, las expresiones, la proporción, los drapeados, son las cualidades que ve y señala el P. Vázquez en las pinturas, si bien señala como defectos el claroscuro y los semblantes de algunos personajes; pero, a pesar de considerarla una pintura de importancia secundaria, no deja de concederle una dignidad merecedora de atención y estudio.

XI. CONCLUSIÓN

Hasta aquí este repaso y paseo apresurado escurialense, atravesando las páginas de *La Ilustración Española y Americana*, una

revista semanal de prestigio entre las clases altas de fines del pasado siglo y primeras décadas del presente, que si bien se ocupó de El Escorial, como acabamos de comprobar, se ocupó poco, en mi opinión, del Real Monasterio y ello por diversas circunstancias:

1. No conmemora el tercer centenario del inicio de las obras por imposibilidad obvia, ya que no se había iniciado aún su publicación.
2. Tampoco conmemora el tercer centenario de la finalización de las mismas, cuando sí había podido hacerlo y debía haberle prestado alguna atención, pues se definía como revista dedicada a las actualidades y Bellas Artes y, política y socialmente, se estaba en la época de la Restauración.
3. No dedica ningún comentario especial al hecho importante de la entrada de los padres agustinos en el monasterio, del que se hacen cargo en 1885, y eso que corresponde la fecha a un período conservador. (¿Será por causa de los que escribían en la revista?)
4. También pasa desapercibido en sus páginas del año 1898 la conmemoración de la muerte de Felipe II; quizá los problemas en Cuba y Filipinas derivaban la atención de estos asuntos.
5. El primer artículo sobre El Escorial tarda diez años en aparecer en *La Ilustración Española y Americana*. Que no se escribiera nada sobre El Escorial, un producto y todo un símbolo monárquico, en un momento en que se ha producido una gran revolución, con el destronamiento de Isabel II y el aliento de ideas republicanas que cristalizarán en 1873 con la Primera República española, es explicable; pero no lo es tanto esta carencia entre 1874 (Restauración de la monarquía en la persona de Alfonso XII) y 1879 en que el monarca funda el colegio del Escorial. Quizá la propia inercia revolucionaria y republicana y el no querer herir sentimientos, hizo que El Escorial pasara desapercibido en estos cinco años. *La Ilustración Española y Americana* se funda en pleno sexenio revolucionario y los progresistas que apoyaron la Gloriosa eran partidarios de un republicanismo federal; por eso El Escorial fue dejado de lado, consciente o inconscientemente.
6. Tampoco hay que olvidar la veta anticlerical de la Revolución de 1868 y de la ideología republicana; El Escorial es un edificio religioso por excelencia y puede ser que esta circunstancia

le condenara a ser pasado por alto, por aquello de «No hay mejor desprecio que no hacer aprecio». Hay en el momento un esfuerzo de descristianización, atacando o no prestando atención a todo lo que es religioso.

7. La mayor parte de los artículos que en *La Ilustración Española y Americana* se ocupan de El Escorial, rezuman la persistencia de la sensibilidad romántica detectable en la época.
8. Todos los artículos aquí recogidos pertenecen, cronológicamente, a la época de la Restauración, y están imbuidos del conservadurismo habitual, patriotismo fácil y elogios interesados hacia la institución monárquica.
9. El tratamiento que recibe El Escorial a través de *La Ilustración Española y Americana* es acomodaticio, como mínimo, y siempre a favor de los vientos políticos y sociales que soplan en cada momento. Durante la Revolución del 68 y años siguientes, El Escorial no existe en sus páginas; pero sí (re)cobra su carta de naturaleza unos años después de la Restauración Monárquica, de la que era todo un símbolo.
10. La ideología republicana y anticlerical de algunos de los escritores que intervinieron en su redacción, puede explicar las sonadas carencias escorialenses en momentos y circunstancias en que no era lógico ni explicable que El Escorial no fuera objeto de atención o sirviese para el recreo y deleite cultural de sus burgueses suscriptores.